
Las Poetisas de América

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Aun cuando María Eugenia Vaz Ferreira fue arrebatada hacia la noche profunda que ella invocara en sus más bellos versos, antes de que la colección de sus poemas, inéditos o dispersos, que preparaba, fuera dada a la publicidad, tuvo tiempo de dejar confiada a las manos fieles de su hermano la selección que ella misma ordenara, y debe ser tenida como la expresión genuina de su lirismo, con exclusión de cualquiera otra estrofa no inserta en tal volumen.

Librada así su obra de la promiscuidad de las ediciones profanas, hechas con fines comerciales. "La Isla de los Cánticos" nos presenta la personalidad de la poetisa en el tallado justo, anticipándose a esa obra depuradora del tiempo, que separando el grano de la paja, sólo deja de la producción de un escritor aquello que es esencial y lo caracteriza.

De las composiciones más literarias y verbalistas de su primera época, la poetisa eligió para rodear el núcleo esencial de su lirismo, posteriormente revelado, aquellas cuyo brillo heroico y metálica sonoridad de escudos, componen en torno a su dolor humano como una sinfonía de sobrehumanos énfasis...

Semejante a una Walkiria de soberbia dureza, la poetisa se presenta en "Heroica", en "Oda a la Belleza", en "Savia Armonía", revestida de yelmo y escudo, ceñido por diamantino cinturón al vientre casto, altiva la frente soñadora, cabalgando, en el bravo corcel de sus rimas, hacia un Walhaka estético. Como la orgullosa hija de Wotan, condenada a sufrir la condición humana, pide al dios que la rodee de un círculo de llamas, para que sólo un héroe magnífico se atreva a despertarla, en su lecho de piedra.

En "Heroica" dice:

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
invulnerable, universal, sapiente,
inaccesible y único.

En cuya grácil mano se quebrante el acero
el oro se diluya,
y el bronce en que se funden las corazas,
el sólido granito de los muros,
los troncos y los mármoles,
como la arcilla modelables sean.

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
domador de serpientes
encendedor de astros
trasponedor de abismos.

Así canta, con voz grave de contralto, la orgullosa virgen, bajo el alado yelmo de plata, en versos de una sonoridad guerrera.

Su soberbia castidad que desdeña el humano sensualismo, sólo rinde culto a la Belleza inmortal, diosa severa como Minerva:

Oh, belleza, que tú seas bendita,
ya que eres absolutamente pura,
ya que eres inviolada,
límpida, firme, sana e impoluta.

Eres inaccesible,
eres pasiva y sola,
sencilla y sobrehumana,
no inspiras ni padeces
el dominio sensual de la materia
ni la sensible turbación del alma.

Pero esta Brunilda cristiana no encontró su libertador; y su sueño sobre la piedra se trocó



Monumento a María Eugenia Vas Ferreira, inaugurado recientemente en el Prado.
Obra del escultor nacional José Belloni.



María Eugenia Vas Ferreira—Dibujo de MARCELINO BUSCASSO

en irredimible dolor de soledad. Prisionera en el círculo de llamas de su orgullo, su alma despertó un día aterida de frío; y desde entonces fué condenada a vagar sobre la tierra de los hombres, como una sombra extraña... Fue una incomprendida, y una desterrada; no conoció el amor humano; no tuvo más confidente de su pena que la noche estrellada, ni más esperanza de liberación que la muerte.

Pocas veces la poesía lírica ha llegado a tener acentos tan profundamente trágicos, como los que nos estremecen en los poemas donde María Eugenia invoca a la muerte, vencida sobre el regazo de su única gran amiga, la Noche. Clama en "El Regreso":

He de volver a tí, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro dolor de carne viva
y la pasividad de las estatuas.
He de volver a tí, gloriosamente,
triste de orgullos arduos e infeeundos
con la ofrenda vital inmaculada.

Tú me brotaste fantásticamente
con la quietud de la serena sombra
y el trágico fulgor de las borrascas.
Tú me brotaste caprichosamente,
alguna vez en que se confundieron
tus potencias en una sola ráfaga.

Y no tengo camino...
mis pasos van por la salvaje selva
en un perpetuo afán contradictorio

Ah, si pudiera desatar un día,
la unidad integral que me aprisiona,
tirar los ojos con los astros quietos
de un lago azul en la nocturna onda...;
tirar la boca muda entre los cálices,
cuyo ferviente aroma sin destino
disipa el viento en sus alas flotantes...;
darle el último adiós
al insondable enigma del deseo;
cerrar el pensamiento atormentado
y dejarlo dormir un largo sueño
sin clave y sin fulgor de redenciones...

Así canta la poetisa su extraño dolor sobre la roca solitaria de su orgullo. María Eugenia es la gran desterrada del amor; su cuerpo está condenado a la fría castidad, y su alma a la tristeza. Vagabunda en su propia soledad, ella mira a su alrededor la simple dicha carnal de los otros seres y envidia la alegría de la mujer que palpita en brazos del amante. En el poema "Los Desterrados", uno de los más extraños y entrañables gritos de angustia, la poetisa anda, en una fría tarde otoñal, por una apartada calle, al azar de sus paseos solitarios; por un ventanal ve, curvado el torso vigoroso sobre la fragua, a un joven herrero, que canta al ritmo recio de los martillos. Y de su pecho se escapa esta queja:

Dios de las misericordias
que los destinos amparas
¿por qué no te plugo hacerme
libre de secretas ansias,
como a la feliz doncella
que esta noche y otras tantas
en el hueco de esos brazos
hallará la suma gracia?

La suma gracia del amor humano, no será para ella, la criatura singular, erguida sobre la cálida agitación de la vida, como las estatuas sobre la multitud. Y de esa soledad suya sobre la tierra, nace el amor de la gran desterrada por la Noche, hermana del sueño y de la muerte, bajo cuya fulguración de fuegos remotos se alzan sus manos que nunca tocarán la carne de la vida.

Sólo tú, noche profunda
me fuiste siempre propicia,
noche misteriosa y suave,
noche muda y sin pupila,
que en la quietud de tu sombra
guardas la inmortal caricia...

Si Juana de Ibarbourou es la alegría vital de la naturaleza, el amor coronado de rosas y racimos; si Delmira Agustini es el tormento del supremo amor nunca alcanzado, cuyos ardientes ojos sonámbulos aman más la profundidad del sueño que la realidad de los días; si Gabriela Mistral es el alma que ha triunfa-

do de la tragedia del amor, purificándose en una transfiguración mística, María Eugenia Vaz Ferreira es la desolación del amor aherrado en una torre de orgullo, la tristeza de la carne convertida en cenizas mortuorias sin haber sido llama.

Juana tiene horror a la muerte, y se prende, como una abeja glotona, a la flor henchida de la vida terrena; Delmira pide a la vida la realidad quimérica de su sueño, el más intenso sorbo que guarda en su copa vedada; Gabriela, espíritu libertado de todo egoísmo, manunguida de bálsamos evangélicos, quiere de la vida, fuerzas para hacer el bien; María Eugenia, sólo quiere la Muerte, la eterna noche sin mañana, el sueño sin sueños...

Sobre el jardín sensual de "Las Lenguas de Diamante" isla cíterea de nuestra poesía, sólo pasa la sombra de una tristeza, como la fugitiva sombra de una nube: la inquietud de morir. En el ardiente suelo donde se abren "Los Cálices Vacíos", país de volcánicas montañas y de selvas oscuras, se sienten los fragores del huracán y las furias de las bacantes. En el camino áspero de "Desolación" brilla el haz de luces de lo alto, que cegó a Pablo el Apóstol, en el camino de Damasco. Pero en el desierto sin fin por donde María Eugenia camina sin rumbo ni esperanza, "en un perpetuo afán contradictorio", sólo existe la soledad... "La Isla de los Cánticos" es una isla desierta, sin más horizonte que la infinitud monótona del mar, y la eternidad muda del cielo.

De todas las almas femeninas que la poesía ha revelado en América, la de María Eugenia es, tal vez, la más trágica. Más que la de Delmira Agustini, y más que la de Gabriela Mistral. Porque si Delmira conoció el tormento de los sueños fulgurantes en la carne sombría, y su boca sufrió la sed inextinguible del Supremo Beso, su vida ardió, al menos, en su propia llama, y su alma perfumó al quemarse, como un pebetero... Y si Gabriela Mistral supo de los sufrimientos que anonadan, si fué abatida por el rayo del destino, si quedó desposeída y abandonada como Job sobre la tierra, vió también levantarse su alma purificada sobre el estrago, y, como Job, supo de los sublimes diálogos con su Dios...

Pero María Eugenia sólo conoció la soledad. Fué la gran desterrada de la vida, para la cual no calentaron nunca los fuegos de los hogares ni brillaron los cirios místicos del consuelo.

Exteriormente era católica; pero su alma no conoció la fe que sostiene o que salva. No escribió un solo verso católico; mas aun, el pesimismo esencial de su poesía es la negación de toda religiosidad. Para su oscura desolación en la tierra, no le fue dada ni la esperanza de una dicha celeste. Su mente varonil, llegó a concebir la vida, como un eterno juego de olas, sin objeto. Tal "Unico Poema", maravilla de imagen:

Mar sin nombre y sin orillas
soñé con un mar inmenso
que era infinito y arcano
como el espacio y los tiempos

Daba máquina a sus olas
vieja madre de la vida,
la muerte, y ellas cesaban
a la vez que renacían
Cuando nacer y morir
dentro la muerte inmortal...
Jugando a cunas y tumbas
estaba la soledad.

De pronto un pájaro errante
cruzó la extensión marina:
"Chojé!... Chojé!..." repitiendo
su quejosa marcha iba.

Se perdió en la lejanía
goteando: "Chojé!..., Chojé!..."

Desperté, y sobre las olas
me eché a volar otra vez.

Así vivió la poetisa maldita y soberbia, la virgen triste desterrada del Walhalla, vagando como una extraña sombra sobre la tierra; hasta que en una noche "sin pupila" fue arrebatada en alas de un negro pájaro salvaje, suelta al viento de la muerte la cabellera en la que se enredaban los astros...

A. Z. F.